

“LA ESPERANZA SE NUTRE EN EL DIÁLOGO CON LAS PERIFERIAS”¹

José Luis Segovia Bernabé

1.- Sinceridad y reconocimiento.

Mis palabras suponen un doble ejercicio:

a) Por una parte, de sinceridad (la que se debe a hermanos y hermanas con serias responsabilidades en sus Congregaciones e Institutos y en su inmensa mayoría, seguro, buena gente). Se trata de una sinceridad que se expresa en poner en palabra tanto convicciones, fuertemente arraigadas en el tiempo y refrendadas por la experiencia vital, como intuiciones, mucho más susceptibles de un amplio margen de error. Pero prefiero hablar de unas y de otras, y entremezclarlas en aras a mi libertad interior², aunque, eso sí, con el ruego de que, en lo que cada cual estime pertinente, no me haga demasiado caso.

b) De otro lado, parto del reconocimiento de que la vida consagrada, vuestra vida, aporta y en el futuro aportará, desde la precariedad y, precisamente por eso -si es radicalmente fiel- una inmensa significatividad evangélica a la vida de toda la Iglesia; supondrá un apoyo a la construcción del Reino de Dios y su justicia y, por todo ello, implicará una capacidad de generar torrenteras de esperanza muy fuerte. Me da igual si la vida consagrada tiene el pelo blanco, negro o teñido, si es habitada o deshabitada, calzada o descalza. Eso son minucias y entretenimientos para quienes andan sobrados de tiempo. Lo relevante es con qué intensidad vive la vida teologal, con cuánta fidelidad y audacia se preserva el carisma primitivo, evitando demasiadas “adaptaciones a la baja”, en cuánto se transparenta al Cristo que “...pasó por el mundo haciendo el bien, curando a muchos de sus dolencias porque Dios estaba con él...” (cf. Hech 10, 38), de qué manera la vida comunitaria es propia y proféticamente tal y no solo una suma de individualidades más o menos acomodadas, como los votos son el ejercicio de una fuerza subversiva que va a contrapelo de la mundanidad y revelan las profundas convicciones de quienes las practican, etc., etc.

Desde esta doble perspectiva, os agradezco que me dejéis compartir estas reflexiones que, de verdad, van dirigidas en primer lugar a mí mismo y son sobre todo una autocrítica y la constatación de las propias contradicciones y miserias. Entendedme todo, os lo ruego, desde el cariño y la pasión compartida de seguir al buen Dios que se nos ha hecho transparente en el Nazareno. En eso, no estoy en condiciones de dar lecciones a nadie. Uno, por más que quisiera otra cosa, no pasa de doctrino poco aventajado.

Vamos al lio.

2.- La esperanza se alimenta de Dios.

Empiezo matizando el enunciado del título que se me ha dado: “*La esperanza se nutre en el diálogo con las periferias*”. ¡Pues no! Empezamos bien...¡ja, ja, ja...

La esperanza es virtud teologal y por tanto bebe de la experiencia de Dios y se nutre de su acción amorosa, de esa divina acción entrañable que presiona, discretamente, para que realicemos su

¹ Charla de *José Luis Segovia* en la XXVI Asamblea General de la CONFER (12.11.2019)

² Por aquello de Calderón de la Barca en El Alcalde de Zalamea: “El honor es patrimonio del alma, y el alma solo es de Dios”.

sueño, mientras otorga un horizonte infinito a la vida del ser humano y pone por meta y término a Dios mismo.

Por eso, la esperanza cristiana no se confunde con un mal sucedáneo: el optimismo. Éste último se asienta en señales, indicadores y datos objetivos. Por el contrario, la esperanza es capaz de soportar el invierno más duro en ausencia de signos, sin nada que aparentemente la aliente y sin dato alguno que la sostenga³.

Es muy clarificadora la encíclica *Spe salvi*. Nos invita a no confundir la “gran esperanza”, que es Dios, y las “pequeñas esperanzas”, que constituyen señales, a veces confusas, a veces poco persistentes, pero siempre estimulantes en la subida a Jerusalén. Una comunidad cristiana (o un creyente) sólo podrá dar razón de su esperanza (1Pe3, 15) y avivarla en su entorno (en la sociedad) si ella misma la mantiene en su seno. Porque también entre nosotros se ha debilitado la esperanza y se han multiplicado los miedos. Y, a estas alturas, ya sabemos que no es esperanza “todo lo que reluce como tal”. Por eso, hoy más que nunca nos urge recuperar la más escondida, la esperanza teologal. Tenemos, por tanto, que acostumbrarnos a vivir evangélicamente, al raso de certezas, a la intemperie, incluso sin señal alguna. Esa es la gracia de lo teologal: hay que creer a pesar de lo que se ve, esperar sin señales y amar sin buscar ni esperar reciprocidad.

Así, fiados solo de la “gran esperanza” y no agarrados a las pequeñas certidumbres podremos quitar de nuestra Iglesia y de nuestras instituciones -son palabras del Papa Juan XXIII- el polvo imperial acumulado durante siglo. Sí, estoy convencido de que si nos cuesta desapegarnos de las piedras, de las obras, del poder, de la influencia, del reconocimiento... si añoramos viejos tiempos pasados y no nos adentramos en el futuro con esperanza, sabedores de que Dios es el Señor del tiempo, el único dueño del futuro, el garante exclusivo de nuestra esperanza estamos, acaso, muertos. “*Si con Él morimos, moriremos con Él; si con Él vivimos viviremos con Él*” cantamos en los funerales.

Estar agarrados a la gran esperanza previene contra las contradicciones que a veces tenemos. Lo malo tal vez no sea sentirnos contradictorios, sino instalarnos cómodamente en ellas, bajar los listones de nuestras exigencias morales y, a la postre, debilitar el vigor de nuestra vida teologal.

Solo desde un déficit de calidad de vida cristiana se entiende que, en ocasiones, proclamemos los grandes principios de la Doctrina Social de la Iglesia, pero... ¡para aplicárselos a otros! Y, a veces, no tenemos demasiados escrúpulos en subcontratar servicios atendiendo solo a quien ofrece el menor coste, aunque exploten a sus empleados con sueldos de miseria o tengan horarios extenuantes. Denunciamos el trabajo precario pero, de algún modo, nos aprovechamos de él. No nos gusta el punto materialista y crematístico del capitalismo, pero no apostamos decididamente por las inversiones y la banca ética.

Todo lo más “una vela a Dios y otra al diablo”. Nos gusta el punto de ecología integral al que nos invita el Papa Francisco, pero no estamos dispuestos a asumir sus costes. Presumimos de tener un Papa profeta, pero nos cuesta hacerle caso cuando hace aterrizajes excesivamente peligrosos y nos dice que seamos hospitalarios y que acojamos en nuestras casas. Lo mismo se diga del empeño de ser bien vistos o ser socialmente reconocidos, obviando que el cristianismo de pura cepa siempre ha sido proféticamente contracultural. Pero no me estoy “metiendo” cariñosamente con vosotros. En Madrid no hemos sido capaces de movilizar más que a media docena de parroquias para que sean, durante un mes, parroquias de acogida de familias refugiadas. Estoy haciendo autocrítica en paralelo.

³ A este tema dedicó hace años un memorable retiro de Adviento en el Instituto Superior de Pastoral Jesús Burgaleta. Me he servido mucho de él. Es curioso, lo que mejor nos sale, no es nuestro: siempre se lo debemos a otros.

Sí, definitivamente, creer que Dios es nuestra esperanza, nuestra única esperanza es peligroso y nos lleva al desasosiego. Pero, claro, enseguida viene en nuestro auxilio el “sentido común” y la bendita racionalidad que invitan a la “cordura” y a la “prudencia” y a no abandonar las particulares o institucionales zonas de confort. Eso que el Papa llama “*la cultura del siempre-se-ha-hecho-así*”.

Pero mucho me temo que nuestros grandes Fundadores -porque ya son de toda la Iglesia- fueron hombres y mujeres que, fiándose de Dios, guiados por la audacia de su espíritu, creyeron en lo imposible: en la perfectibilidad de todas las personas y se empeñaron en crear obras educativas; pensaron que el sueño de Dios tenía que hacerse realidad y crearon obras sociales, o incluso estaban convencidos de que las enfermedades podían desaparecer de la faz de la tierra, aun corriendo el riesgo de caer los sanadores enfermos, de ser incomprendidos los educadores o ser perseguidos los transformadores sociales.

Ellas y ellos simplemente tenían esperanza. Sencillamente se fiaban de Dios. Casi “ná”.

3.- Mantenernos firmes en ausencia de señales.

Quizá para ese acto de confianza en Dios y en su acción providente, nada mejor que el entrenamiento de mantener la esperanza precisamente en ausencia de señales. Esperar sin signos” no es, sin embargo, renunciar a la posibilidad de percibir la realidad como “símbolo o huella” de Dios. Más bien, como señalaba Burgaleta, se refiere a esa tendencia provocada, persistente, de empeñarse en “buscar signos” actuales puntuales: acontecimientos, situaciones llamativas, experiencias brillantes... que nos impulsen a tener esperanza, fundamentarla y mantenerla. Supone esa actitud incrédula y desconfiada que insiste tozudamente en “ver y tocar para creer”, en “verificar y constatar” para comenzar a esperar o para seguir confiando.

Desde luego no se trata de negar la “racionalidad de la esperanza”. Quien se haya aproximado a la experiencia de la verdadera esperanza sabe de su armonía con lo más fundamental del ser humano. Pero esta coherencia no está reñida con vivir esperando en la entrega de una confianza desnuda —que no ciega—.

Es preciso partir de que la *esperanza cristiana* se basa en un anuncio que, porque procede de Dios, es absolutamente gratuito e inverificable y es siempre más grande que nosotros y que nuestras expectativas. Por ello mismo puede provocar en nosotros tanto el asombro y el maravillamiento - anticipo de acceso a la experiencia del Misterio.

Y es que nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad nacen de un asombro ante el Totalmente Otro. No beben de argumentos racionales, ni de imperativos éticos. Ésos, en todo caso, vienen después y derivados del asombro. Lo primero es el asombro porque hemos recibido anuncios por parte de Dios que nos sobrepasan. Y la invitación es aprender a permanecer ahí, a los pies del Misterio sin caer en la tentación de reducirlo o manipularlo a nuestra medida.

Como venimos repitiendo, una esperanza así entendida no es algo que nosotros hayamos creado, producido o fabricado, ni en diálogo con las periferias ni con nadie. Nos hemos encontrado esta perla en el camino de nuestra vida. Inesperadamente, sin agendar a veces, siempre misteriosamente, incluso sin buscarlo demasiado ¡hemos encontrado el tesoro!

La esperanza teologal tampoco se alimenta de lo que nosotros vamos consiguiendo (nuestros éxitos o nuestros avances, nuestros logros) y vamos almacenado en nuestro granero, sino de lo que Dios generosamente nos va regalando cada día. Nuestra ración de fe, de fuerzas, de asombro, de esperanza, de resistencia... cada día y sólo para cada día.

Porque, lo mismo que el maná, semejante alimento caduca al anochecer. No hace falta acumular, porque Dios acude fielmente a nuestra cita diaria. Y Él es eternamente fiel. Dios es la esperanza que

no defrauda. Por eso, como dice el Papa su Mensaje en la III Jornada Mundial de los pobres, *"la más hermosa definición de pobre... es aquel que confía en el Señor porque tiene la certeza de que nunca será abandonado"*

4.- Si Dios es la esperanza de los pobres...

Si, como dice el Papa Francisco, Dios es la esperanza de los pobres, tendremos que ponernos muy cerquita y arrimarnos mucho a ellos para que podamos experimentar a Dios como nuestra esperanza. De espaldas, o solo discretamente cerca del dolor de los pobres y de la injusticia creciente que soportan, no cabe experiencia del Dios revelado en el Cristo y no nos cabe esperar ninguna renovación, ni el aporte del oxígeno siempre vivificante y esponjante de la esperanza".

Recuperando la definición de pobre que acabamos de mencionar, su más firme esperanza es que *"... el Señor no olvida el grito de los pobres"* (Sal 9,13).

Este descubrimiento provoca tal asombro y tal alegría, que todo lo demás sirve en la medida en que me ayuda a adquirir ese tesoro. La esperanza teológica, viniendo de Dios, tiene un poder movilizador inmenso, tanto mayor, paradójicamente, cuanto más vulnerables nos sentimos.

Este tesoro de la esperanza, al alcance de los sencillos, es real, muy real, pero está escondido. Está oculto a una mirada superficial. No se ve a primera vista. Hace falta una mirada alcanzada por la Gracia para descubrir cómo toda la realidad está ya alcanzada por esta esperanza teológica. Por eso tantas veces en el evangelio se repite la petición: *"Señor, que vea"*. Porque la Esperanza teológica no está fuera de la realidad, no está lejos de las periferias, aunque pudiera parecer lo contrario.

Nuestra Iglesia europea tiene la tendencia a mimetizar lo que ocurre fuera, por eso corre el riesgo de tornarse no solo en insignificante sino en decadente. Se nutre de disputas internas de poder, en debates puramente ideológicos, reproduce polémicas políticas y, con frecuencia olvida lo esencial: la vuelta a la experiencia teológica; o sea, fe, esperanza y caridad.

El retorno a la experiencia de Dios nos obligará a cerrar el arco de tanfísimas iniciativas dispersas y a concentrar fuerzas. Tendemos a la dispersión y al personalismo (individual e institucional). Nos colocamos a veces a caballo entre "el mal de piedra" (absorbidos por la gestión de nuestras obras y posesiones) y el "secuestro de los carismas" (que nos lleva a diluir nuestras identidades o convertirnos en empresas de servicios educativos, sanitarios o sociales sin que se note suficientemente la marca de origen...). Devaluamos nuestro pedigrí, que es la santidad de nuestros Fundadores. Me pregunto, ¿no hará falta más identidad evangélico-eclesial desde proyectos más sencillos, pero más interpelantes, con menos medios, pero más incisivos, que alcancen tal vez a menos destinatarios pero lo hagan más significativamente? Se ha acabado la cristiandad, no podemos ni debemos dar respuesta a todo.

La vuelta a los orígenes exige ser simplemente la Iglesia de Jesús que peregrina aquí o allá... Buena parte tiene que ver, una vez más, con el poder, la influencia o el dinero y, en bastantes casos, el clericalismo, hasta los abusos sexuales de clérigos, tapados institucionalmente hasta la indecencia, correlacionan más con detestables patologías del poder y el corporativismo que con el sexto mandamiento.

Os cuento algo que refleja la importancia de aglutinarnos y dejarnos ya de chiringuitos incomunicados y compartimentos estancos. CONFER es precisamente una excelente vacuna contra esa tendencia al autismo institucional. Cuando me toca presentarme en espacios civiles en nombre del arzobispado, en la oficina de asilo y refugio o en reuniones con las tres administraciones y me preguntan: *"Y tú, ¿por quién vienes? ¿eres Caritas?"*

Yo contesto muy decidido: *“sí y también soy monja, y fraile: soy del Opus Dei, de los kikos, de Comunión y Liberación, de las comunidades de base...”* Represento a la única Iglesia de Jesús en Madrid: la que catequiza, reza, celebra los sacramentos, apuesta decididamente por los pobres y lucha por la justicia. O sea, la única Iglesia de Jesús.

Tendríais qué ver cómo les cambia la cara a todos los políticos de todos los colores y la fuerza que tenemos cuando nos presentamos cómo Jesús quería: “siendo uno para el mundo crea”. Diversos sí, con multiplicidad de ministerios y carismas, pero conscientes que en el carisma va siempre un don y... ¡una pedrada! Todos los pelajes de Iglesia tenemos lo mismo: parte de don para el otro, y parte de pedrada que hay que tratar de minimizar. Nuestro carisma es las dos cosas, del mismo modo que nuestra cualidad más sobresaliente suele ser nuestro defecto más caracterizado ¡que padecen los demás!

Suelo repetir lo que en mi quehacer de vicario de lo social -nunca digo el nombre exacto⁴ que es largo y complejo- es una continua constatación desde la cercanía a diferentes periferias: los pobres son fuente inagotable de gracia. Ellos son sacramento del cuerpo llagado de Cristo y también criterio de juicio universal sobre la dignidad con que hemos vivido y nos hemos aproximado a sus necesidades, seamos creyentes, increyentes o mediopensionistas.

Por eso, lo que no ha logrado el Magisterio, ni la Tradición, ni la escucha de la Palabra, ni la Teología, ni los Obispos, ni el Papa... nos lo están alcanzando ellos. No estamos, seguro, haciendo todo lo que deberíamos hacer por ellos; pero ellos, como ángeles del buen Dios, nos están regalando el don de la unidad, la capacidad de guardarnos las diferencias ante sus urgencias y de dejar los debates frívolos para la hora del café.

Cuando los discípulos pierden el ritmo del paso rápido del Maestro, dejan de escuchar sus palabras y, entonces, empiezan las disputas sobre quién es el más importante. No es un tema de cualidades, ni siquiera de verdad; más sencillo: se trata de haber perdido el paso firme y rápido del Señor. Por eso, cuando nos ponemos al alcance los pobres, se nos devuelva la voz del Señor y recuperamos juntos con alegría el paso seguro y firme que nos saca del ensimismamiento.

Que no se nos olvide que Cristo en la Cruz abolió para siempre el término “enemigo”. Por eso, hasta los que nos tienen manía nos ayudan a purificarnos. Un buen ejemplo han sido los abusos. No ha sido COPE, ni 13 TV, ni la Unión de Superiores Generales (USG) o Superiores Generales (UISG) los que nos han hecho forzar el paso para salir de pecados institucionales muy enquistados en la autodefensa corporativa. Como si las víctimas no fueran de la Iglesia (sea por el pecado colectivo de la Institución agente, sea en sentido de pertenencia), porque las víctimas que se nos olvidaron son tan “nuestras” como sus agresores.

5.- La “via caritatis” para el diálogo con las periferias.

Hay un documento conjunto precioso de los obispos de los EE. UU. y de México que se llama *“Juntos en el camino de la esperanza”*⁵ (JCE) y que versa sobre la Iglesia y el desafío de las personas forzosamente desplazadas. Manifiesta que la esperanza es un don teológico, pero también implica un camino que hay que recorrer juntos y que, si es una esperanza teológica, precisa el concurso de los desesperados para construir una esperanza que no defraude.

⁴ Es Vicario de Pastoral Social e Innovación, de la Diócesis de Madrid

⁵ http://www.vicariadepastoral.org.mx/assets/juntos_en_el_camino_de_la_esperanza.pdf (23.01.2003)

Los grandes retos para la Iglesia en el momento actual son dos. *Por una parte*, traspasar la poca receptividad de nuestros contemporáneos hacia las grandes preguntas. En especial las relativas a la trascendencia, sobre todo en las generaciones más jóvenes. El indiferentismo religioso y el ateísmo crecen a velocidad vertiginosa⁶. Se vive cómodamente instalados en la ausencia de fe en Dios. En una reunión de jóvenes, no sabríamos distinguir a primera vista quiénes son creyentes y quiénes no. Porque no se patentiza que los jóvenes creyentes sean chicos y chicas saludables, sonrosados, alegres y fornidos... y los no creyentes tristes, cerúleos y apagados. Más bien parece que un buen porcentaje de ellos vive de espaldas a Dios sin mayores complicaciones. Más que la lucha contra la fe, propia de otras épocas, hoy nos desconcierta lo que el Papa Francisco denomina "indiferencia relativista" (EG 61), donde Dios ha dejado de ser una hipótesis a considerar.

Por otra parte, el sufrimiento nos interroga, especialmente el del mal evitable. Su interpelación es ineludible y no se puede ser diletante en la respuesta. Siempre ha sido "la roca del ateísmo" (G. Büchner), pero en este momento toda forma de injusticia constituye su forma más insoportable. Si algo hace reflexionar a nuestros contemporáneos, no por vía cognitiva o intelectual, sino experiencial sobre Dios, es la aparente compatibilidad entre un mundo tan injusto y el confort que sentimos en él los creyentes. Estamos asentados cómodamente en ese mundo de injusticia sin revolvernos en demasía. La desigualdad, la mala distribución de la riqueza, las leyes inicuas que convierten los valores en delitos, etc., suponen la negación del rostro de Dios, como habéis visto esta mañana⁷. Con el mantenimiento de este estado de cosas injustas, estamos haciendo poco creíble al Dios que tenemos que transparentar, el mismo que recuerda por boca del profeta Jeremías que "conocer a Dios es practicar la justicia" (Jer 22, 16).

Ante estas dos periferias existenciales —el *desafío de la increencia* y el *desafío del mal evitable en el mundo*— que alejan de Dios, nuestro más auténtico centro, la "vía de la caridad" se presenta como un camino privilegiado que las aglutina para abrir portillos de esperanza. Supone un camino para combatir el mal de manera directa y personalísima y, al mismo tiempo, el modo más significativo de que nuestros contemporáneos experimenten cómo Dios sigue sobrevolándonos con su ternura y está profundamente comprometido con la humanidad. El Señor de la historia y del futuro no permite que los perdedores, los vencidos, los humillados y olvidados permanezcan en esa suerte fatal para siempre. Andar este camino permite presentar a la Iglesia como la prolongación del rostro cariñoso de Dios y su mano larga tendida a la humanidad doliente.

La historia de la Iglesia nos muestra como la *via caritatis* ha sido una excelente puerta a la esperanza. En los primeros siglos de la Iglesia, las catástrofes humanitarias —por ejemplo, las epidemias de peste—, eran ocasión para mostrar cómo el altruismo de las comunidades cristianas era sublime. Los grandes historiadores y sociólogos del cristianismo primitivo tienen un común parecer basado en los datos.

Baste recordar que en torno a mediados del siglo II y III d.C. hubo dos situaciones críticas que estuvieron a punto de dar la puntilla al Imperio Romano. Éste se encontraba en una situación bastante comprometida que, por cierto, nos recuerda muchos aspectos de nuestra época: *corrupción política* —estaban literalmente a puñaladas en los ámbitos de poder—, fuerte crisis económica y financiera. Se precisaban muchos recursos para sostener unas tropas extendidas en un vasto territorio, con las fronteras exteriores del Imperio amenazadas, un ejército exhausto, una política fiscal muy agresiva que reclamaba dinero a las colonias romanas, una fibra moral social bastante frágil...

⁶ Cf. J. GONZÁLEZ ANLEO y José A. LÓPEZ-RUÍZ, *Jóvenes españoles entre dos siglos (1984-2017)*, Fundación SM, Madrid, 2017, especialmente, pp. 237 ss.

⁷ Hace referencia a la presentación del *VIII informe FOESSA sobre exclusión y desarrollo social en España* (2019) y sus repercusiones para la vida de la Iglesia y los cristianos.

Para completarlo todo, se sucedieron varias cosechas nefastas y, además, la hambruna se había apoderado de buena parte del Imperio. Para acabar de rematar, aparece *la peste* que esquilmo, según los lugares, entre un 25% y un 50% de la población.

Sin embargo, paradójica y misteriosamente, en esta situación tan poco halagüeña, el cristianismo crece casi de manera exponencial en estos primeros siglos de su historia.⁸ Además de la indudable acción del Espíritu, que es siempre el protagonista principal, la existencia de una lengua común (el latín en occidente y la koiné griega en el oriente del Imperio), aceptables redes de comunicación, etc., los expertos coinciden en señalar a “la vía caritatis” como un valor contracultural con un inmenso potencial seductor. Quedan de esta vía múltiples vestigios testimoniales.

Pero hay otra historia más callada y hermosa a la que me referiré. Presenta testimonios de amor, con frecuencia anónimos e intemporales, capaces de suscitar la admiración y el maravillamiento de sus coetáneos: “*Mirad cómo se aman*”⁹.

Arístides, el filósofo cristiano que dirigió al emperador **Adriano** la primera apología que se conserva (año 125), resume el comportamiento caritativo en extremo de los cristianos:

“Entre ellos no se da la mentira, se aman mutuamente, no desprecian a las viudas y liberan a los huérfanos de quienes los maltratan. Cuando ven un forastero se lo llevan a su casa y se alegran con él porque es un auténtico hermano, porque ellos no se llaman hermanos según la carne sino en el Espíritu y en Dios. Y cuando uno de sus hermanos se despide de este mundo se encargan dentro de sus posibilidades, sea o no de los suyos, de enterrarle. En cuanto oyen que uno de ellos está preso o en apuros por causa del nombre de Jesucristo, todos se preocupan por darle lo necesario y, si pueden, de liberarlo. Y si hay entre ellos algún pobre o necesitado y ellos no tienen ninguna necesidad superflua, ayunan dos o tres días para de este modo cubrir la necesidad de alimento del necesitado”.

¿A qué no hace falta mucha teología para sentirse interpelado? ¡Anda que no perdemos tiempo los eclesiásticos en elucubraciones estériles!

Los primeros cristianos se caracterizaban por una generosidad sin límite, por un altruismo sin fronteras. Llamaban la atención. Esa universalidad sin discriminación (“*no hay griego ni judío, ni esclavo ni libre...*” Gal 3,28) era un dato desconocido culturalmente en el mundo pagano. Esta magnanimidad se hizo especialmente intensa con las terribles epidemias de peste.

En el siglo IV, **Juliano el apóstata**, un emperador bastante hostil al cristianismo, decidió reorganizar activamente el paganismo poniendo a trabajar toda la máquina del Imperio. Para ello, no se recataba en recomendar la imitación de las obras de caridad de los cristianos. En un conocido texto recuerda que “los ateos galileos [así nos llamaban], además de a los suyos, alimentaban también a los que no eran de su religión”.

Y en un relato imponente mostraba su perplejidad y su sorpresa porque estos cristianos, cuando toda la gente se guardaba en casa caída la tarde y quedaban las calles llenas de cadáveres de apestados, salían a enterrar a sus muertos y —¡oh, sorpresa! — también a los muertos ajenos. Recogían a los huérfanos de su religión, pero no contentos con eso, acogían en sus casas a los

⁸ Cf. G. THEISSEN, *La religión de los primeros cristianos*, Salamanca, Sígueme, 2002. Aunque los primeros cálculos de S. Turner en el s. XIX eran en exceso triunfalistas, se considera que a finales del siglo I para una población de setenta millones, el número de cristianos podría situarse entre 10.000 y 20.000, creciendo después exponencialmente.

⁹ Cf. E.R. DODD, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Cristiandad, Madrid, 1975, sobre todo, 127 ss.

huérfanos de los paganos. Asistían con primor a sus mayores, pero además recogían también a otros desamparados sin miramiento alguno.

Sin embargo, con tanta comprensible admiración, **Juliano** olvidó un detalle no pequeño. El altruismo cristiano no era un despliegue ético, ni la expresión de una maquinaria organizada, sino la vivencia espontánea de quienes se sentían amados por un Amor primigenio y descubrían en Cristo al otro, incluso en el otro más otro, como un regalo y un hermano. La pasión por Dios se tornaba en pasión por los seres humanos.

Este sentimiento de maravillamiento y de admiración ante la caridad tenaz de los cristianos, tuvo dos efectos contradictorios:

a) Por una parte, no pudo evitar el fracaso absoluto de los cristianos que lo practicaron; no se nos olvide: muchos de ellos quedaron contagiados por la peste y murieron. Esperaron sin signos, vivieron que la caridad casi nunca es operativa; que la fe no es "útil" en términos mundanos. Sin embargo, la mano larga de Dios hace milagros a pesar de las debilidades humanas y del fracaso aparente de sus actores.

b) Por otra, la generación siguiente empezó a preguntarse:

"¿Qué movió a nuestros padres y a nuestros padres adoptivos, a los que acogieron a nuestros mayores, a estos gestos sublimes?"

"¿Cuál fue el motor que provocó este derroche de generosidad hasta dar la vida por desconocidos?"

"¿Quién era ese tal Cristo que movía la vida de estas personas?"

Y estas preguntas, junto con la sangre fecunda de los mártires, posibilitaron que, bajo la acción del Espíritu, el cristianismo fuese creciendo a la intemperie de manera exponencial durante los cuatro primeros siglos de vida. Sin embargo, no olvidemos que los cristianos no acudimos a la caridad como una estrategia multiplicadora de efectos, sino porque forma parte de la identidad de Dios. "Dios es amor" y donde hay caridad y amor, allí está el Señor.

6.- Concluyendo

Lo que nos pide el Evangelio, a lo que el Espíritu de Dios nos presiona amorosamente, es a volver "al Amor primero", a la simplicidad evangélica, a la santidad de vida y al retorno a los orígenes de la Iglesia: encaminarnos hacia las periferias como Iglesia en salida, en términos del Papa Francisco.

Además, deberíamos cultivar algunas actitudes que enuncio. Todas van en la estela de la alegría del Evangelio: *la mística* (vs. activismo), *la convicción* (vs. tiempos líquidos), *la audacia* (vs. cobardía mediocre), *la pasión* (vs. resignación), *la ternura* (vs. la sola indignación), *la coherencia* (vs. fragmentación) y, no en último lugar, *¡el humor!* (antídoto universal, que debería ser casi una virtud teológica).

Se trata de volver a lo esencial, al repetido "evangelio sin glosa", a la experiencia de Dios a la intemperie, a la disponibilidad para dejar que el Señor haga nuevas todas las cosas. ¡Ah! Y, además de denuncias... hay que hacer "¡renuncias!".¹⁰ Hay que abrir portillos a lo teológico y dejar que, con la necesaria coherencia, se nos cuele la imprescindible esperanza.

¹⁰ ALTABA GARGALLO, V. *La espiritualidad que nos anima en la acción caritativa y social*, Caritas Española, Madrid, 2012; ID., *La dimensión social de la Evangelización en Evangelii gaudium*, Caritas Española, Madrid, 2014.

Tenemos que aprender "*otra forma de hacer las cosas*". Ello supone asumir que el evangelio es un bofetón a nuestra mediocridad para que tengamos la audacia y el coraje, fruto siempre de la docilidad a la gracia, de salir de ella. Se trata de no actuar "*como si los pobres no existieran*" (EG 80). Y se puede.

Finalmente, no podemos olvidar que la puerta de nuestra esperanza se abre paradójicamente en un pañuelo. Con ello se nos quita definitivamente el miedo al fracaso intrahistórico. Por eso, precisamos acentuar solamente **tres cosas**:

- ponernos a los pies de la cruz (con María y Juan) y a los de todos los crucificados;
- mantener los ojos fijos en el Señor y dejar que Él nos mire;
- y procurar ser uno para que el mundo crea.

Las tres son innegociables. Al ladito de los injusticiados (porque, si nuestro lugar existencial es otro, no estamos en onda con el Evangelio); muy fijos los ojos en el Señor (para no dejarnos abducir por reduccionismos ideológicos); y siendo uno dentro de la legítima pluralidad, en comunión fraternal, "para que el mundo crea".

Pues esto es todo lo que quería deciros esta tarde. Gracias por la escucha, amigas y amigos.